

Pot-pourri eclesiástico

E.
MIRLET
MAGDA
LENA

HASTA hace unos años el católico sabía a qué atenerse. La característica del catolicismo moderno era la uniformidad de criterios religiosos y morales. Se trataba de una nueva situación que no había existido antes y que comenzó con la entrada de la Edad Moderna.

En todos los países católicos ha primado —sobre todo en los últimos cien años— la unidad uniformadora, porque quien intentaba desviarse —como le ocurrió a Loisy— era execrado y expulsado. Un católico USA pensaba por eso más o menos como un católico francés o español, y adoptaba ante la vida los mismos criterios morales. Los manuales de ética para confesores eran un eficaz recetario de posturas, que daban una tónica igual en cualquier latitud. El único defecto es que de moral tenían poco.

Descubrió en este siglo Gustavo Le Bon, el gran sociólogo francés, que cuando se escogen criterios promediados, cuando se busca la uniformidad de una masa, el nivel humano —intelectual y moral— desciende, porque lo que es común es una resta de ideas y no una suma. Así, el nivel que supone la coincidencia de la masa se obtiene por abajo, y no por arriba.

Todo lo contrario de lo que había ocurrido en épocas aparentemente más retrógradas como —por ejemplo— en la Edad Media católica. El gran historiador católico cardenal Newman había observado que en el Medievo las escuelas filosóficas más antagónicas eran respetadas oficialmente, y la Iglesia exigía que en sus Universidades hubiera cátedras de las más diversas y discutibles tendencias intelectuales, como por ejemplo del occamismo.

Más tarde —poco a poco— se empezó a estructurar la Iglesia católica en forma cada vez más centralizada. Roma adquirió una importancia y una fuerza cuyo culmen religioso se encuentra en 1870, con la declaración conciliar de la infalibilidad pontificia y el primado de jurisdicción, proclamados "urbi et orbe" por el Vaticano I. Estamos en el momento del colmo de su poder absoluto: teórica y prácticamente, la Iglesia tiene en exclusiva las llaves del cielo, y —a veces— de la tierra.

Sin embargo, obispos y teólogos inteligentes intentaron rebajar el tono cerrado de este Concilio, y culminó su labor casi un siglo después con el abierto Concilio Vaticano II, convocado en un rasgo de valentía por el decidido y evangélico

Juan XXIII: el Papa que parecía de transición, y que terminó por ser el más definitivo entre los 260 Papas que han gobernado y dirigido la Iglesia católica-romana a través de su historia.

Lo que pasó en el siglo pasado es que "el poder siempre corrompe; y el poder absoluto corrompe absolutamente", según había observado el historiador católico Lord Acton. Cuando se ensombrece un grupo humano, y pretende tener derecho a todo o casi todo, empieza a caer hasta despenarse vertiginosamente por la pendiente orgullosamente conquistada. Y el resultado es peor al final que al comienzo.

Hoy nos encontramos así. Después de tanta pretensión, la Iglesia da sensación de una gran debilidad y desorientación, porque no sabe ser valientemente abierta y decidida, como enseñó un Papa evangélico, Juan XXIII. Su poder jurídico ha descendido aceleradamente, y no ha sido sustituido por el Papa actual por un poder y una autoridad morales, que son los inicios importantes y definitivos en el campo religioso, que es el campo de la intimidad y no el del cumplimiento meramente exterior.

Nos encontramos con que se ha perdido el autoritarismo —gracias a Dios—; pero sin haber recuperado el único tipo de autoridad que la Iglesia debía haber recabado para ella: el prestigio moral. Aquél lo ha sustituido por la política del "tira y afloja", del "stop and go", que es la peor de todas las políticas.

En España la Iglesia oficial ha pasado del estrecho cerco de sus apretadas filas; a una situación disgregada, que no es tampoco la riqueza respetuosa de la variedad.

Un ejemplo preocupante de lo que digo es el sistema de gobierno de Pablo VI: el más parecido a la actitud vacilante y compensadora del neurótico. Siempre siente la necesidad de compensar. Si un día habla abiertamente, al siguiente tiene que plegar velas y adoptar la postura contraria. Si en una ocasión toma una actitud distensionadora, necesita antes o después compensarla con una postura de temor o de freno. Y así sucesivamente.

Creo no equivocarme mucho si digo que el Papa Montini pasará a la Historia como uno de los dirigentes más desacertados que la Iglesia ha tenido, por su falta de altura y de coherencia en el gobierno.

Me fijaré solamente en un hecho de gran importancia para el futuro de Euro-

pa: la visita del primer secretario del Partido Comunista de Hungría y jefe del Gobierno húngaro, Janos Kadar, al Vaticano.

Tres días antes, Pablo VI exclamó, en ese tono llorosamente infantil que suele emplear en las ocasiones solemnes, que "vemos, no sin profunda inquietud, cómo algunos pueden pensar que, en nombre de la solidaridad y en pro de una mayor eficacia, es posible ser verdaderamente cristiano, dando a la vez la adhesión a un partido cuyos principios de análisis y de acción nacen de una ideología incompatible con la fe cristiana".

El "no" parece a primera vista rotundo. Pero no nos engañemos: al tercer día de decir eso recibía al "premier" húngaro, y los periódicos católicos españoles que habían escrito tajantemente "el marxismo, incompatible con la fe cristiana", decían ahora: "Pablo VI reafirma la validez del diálogo Santa Sede-países comunistas".

Si y no; el método que intelectualmente preconizó Abelardo hace ocho siglos ha entrado de lleno en la postura religiosa del Vaticano. Lo que los castizos dicen, "una de cal y otra de arena".

Un camino de diálogo y cooperación ha sido el seguido por la Iglesia húngara, y el Papa no tiene más remedio que reconocer que "la experiencia hecha hasta ahora confirma la validez del camino emprendido". Y se atreve a dar un paso más: "la Santa Sede y Hungría están sinceramente dispuestas a proseguir, con claridad y lealtad, hacia metas más avanzadas". El ambiguo criterio manejado por Pablo VI queda expuesto con las francas palabras de hoy, que invalidan las aparentemente no menos sinceras de ayer: "la Iglesia, avezada a la sucesión de acontecimientos alternos, no rehúye las decisiones, ni siquiera las más animosas, guiada no por consideraciones de ventaja ni popularidad, sino... al servicio del hombre, de sus derechos y legítimas aspiraciones".

¿En qué quedamos? ¿Es tan malo el marxismo en España —como preconizan varios obispos españoles retrógrados— y tan bueno en cambio en Hungría? ¿O es que la Iglesia carece de un criterio abierto y sereno, y procede realmente "por consideraciones de ventajas y popularidad", adoptando aquí una norma y allí otra?

¿No resulta todo esto poco serio por demasiado infantil? ■